

# Venerable sor Beatriz Ana Ruiz

## Gloria insigne de Guardamar

POR

TEÓFILO APARICIO LÓPEZ, OSA

Conferencia pronunciada en la villa de *Guardamar de Segura*, con motivo del *250 Aniversario de la muerte* de la sierva de Dios, el día 26 de julio de 1985.

### I. *Espero que sepáis perdonarme*

Querría comenzar esta conferencia sobre Beatriz Ana Ruiz, hija ilustre de Guardamar de Segura, gloria legítima de esta histórica y leal villa levantina, por si, a lo largo de mi relato, os canso un poco, ya que estas cosas no se estilan ahora y menos en un día como el de hoy, que huele a pólvora en la villa y el mar invita a tenderse en la playa, tomar el sol y gustar de sus cálidas y serenas aguas.

Pero, también, querría deciros una cosa. Sabéis que en este día se cumple el *doscientos cincuenta aniversario* de la muerte de esta hija preclara de Guardamar y creo que vale la pena detenernos en su vida, aunque no fuera por otra cosa que por la que apuntaba el gran Miguel de Cervantes, por boca de don Quijote: «La historia, es, —decía— como cosa sagrada, porque ha de ser verdad; y donde está la verdad, está Dios en cuanto a la verdad».

Y estas otras palabras del que fuera famoso político español y presidente de la Primera República, Don Emilio Castelar: «Los pueblos que olvidan la historia de sus antepasados decaen miserablemente; porque pierden, con la gratitud, la memoria; y con la memoria, la ciencia y el valimiento».

### II. *Unos versos que suenan a timbre de honor*

Para haceros más grata mi charla, quiero poner ante vuestra consideración unos breves poemas que le dedicaron en su tiempo, y a raíz de su muerte,

a vuestra preclara e insigne Beatriz Ana Ruiz. No sé si, desde el punto de vista literario, son buenos o malos. A mí me parecen muy significativos y que vienen de perlas para el homenaje que en este momento le estamos tributando. Están recogidos en el *Sermón Fúnebre* que sobre la sierva de Dios predicó el P. Matías Boix, carmelita, el 29 de diciembre del año 1735. Todos ellos llevan un lema en latín, muy propio de la época.

He aquí uno de los sonetos:

«No se suspire en fúnebre armonía,  
ni quede el pecho al golpe dolorido;  
el llanto se deponga, y el gemido;  
que éste no es triste, pavoroso, día.

Celebre el alma, en dulce melodía,  
los triunfos, que a ésta Ilice siempre han sido,  
para futura gloria, conferido  
eterno beneficio, en fiel porfía.

El mérito te ilustra, invicta Villa;  
y este día Guardamar se gana,  
para posteridad la Maravilla.

Colonia inmune fuiste ya romana;  
así inmune te quedas, sin mancilla,  
de horror del fallecer de Beatriz Ana».

Y este otro poema, que acaso suene para muchos de vosotros a novedad, y eso que está referido a vuestra ilustre villa y heroína:

«¡Gloríate, Guardamar, y considera  
que no podrá jamás fatal guadaña  
embotar en tu vida cruel saña,  
en pretensión de que nombre muera.

Nunca podrá la envidia más severa  
sombrear maravilla tan extraña,  
pues no podrá ocultarse tanta hazaña  
como has logrado, siempre la primera.

Eres y ves las luces que despliega.  
Cree, pues, que tu gloria se eternice.  
Y que en ruegos a los cielos riega,  
porque este pueblo más se fertilice,  
en golfos de las dichas, que navega».

Pienso que estaréis orgullosos de conservar entre vosotros los restos de la Venerable Beatriz Ana. Lo que ya no sé es si conocéis este Epitafio que le dedicaron:

«Ufano guarda aqueste mármol frío  
de una constante heroína los despojos,  
que al infierno mantuvo desafíos,  
con que a su amado Dios llevó los ojos.

De amor brasa, en que ardió el incienso pío  
de alta oración, que al cielo quitó enojos.  
Dirás que aún vive en esa sepultura,  
si adviertes su entereza y compostura».

Y, finalmente, esta hermosa décima, que resume sus virtudes:

«Fue esta mujer venturosa,  
de virtud piélago lleno.  
Fue mar, que guardó en su seno  
perlas de la gracia hermosa.  
Hoy, reducido a una losa,  
este mar viene a parar.  
Guardamar, feliz sin par,  
guarda a este mar, que hoy expira,  
con que con razón su pira  
se ha de llamar Guardamar».

### III. *Personajes que intervienen en esta admirable historia*

Antes de descender a detalles sobre la vida de Beatriz Ana Ruiz, quiero presentaros, muy en síntesis, los personajes principales que intervinieron en su preciosa existencia.

El P. Gregorio de Santiago Vela, historiador agustino, en su monumental *Ensayo de una Biblioteca Ibero-Americana de la Orden de San Agustín*<sup>1</sup>, hace una breve reseña de la vida de la Venerable, con fechas que pecan algunas de inexactas, como hemos de ver junto con los escritos de la misma. Nos dice que nació en la villa de Guardamar el 19 de enero del año 1656; lo cual es a todas luces falso, pues fue diez años más adelante en la misma fecha y mes. Dice también que a los treinta y tres años quedó viuda con tres hijas y un hijo; lo cual se presta a mucha confusión, ya que estuvo casada por dos veces, teniendo del primer matrimonio un hijo y tres hijas del segundo, como también hemos de comprobar enseguida.

En lo que sí acierta del todo el historiador agustino es en los datos que da al decirnos que, durante su matrimonio, había pasado su virtud por grandes pruebas y, después de viuda, fue perseguida del enemigo común de las almas, ultrajada de sus mismos parientes, infamada de sus compatriotas, aborrecida de los confesores y desamparada de todos.

Añade que el Señor se apiadó de su sierva, proporcionándole de un solo consuelo a tantas penas y contrariedades, en la persona del notario Miguel Pujalte, el cual murió siendo sacerdote, y que, movido de pura compasión, se decidió a asistirle en cuanto podía.

---

1. VELA, GREGORIO DE SANTIAGO, *Ensayo de una Biblioteca Ibero-Americana de la Orden de San Agustín*, Madrid 1922, vol. VI, p. 703.

Esto es verdad, pero solamente a medias. En primer lugar, Beatriz Ana no fue abandonada de todos, como hemos de ver a lo largo de esta conferencia. Encontró un sabio y prudente director espiritual en la persona del religioso agustino P. Tomás Bale, residente en el convento de San Agustín de Orihuela; y hubo muchos hombres prudentes que la trataron y consideraron como un espíritu selecto, probado de muchas maneras, pero de altísima virtud y privilegiada por el Señor. Finalmente, no es cierto que Miguel Pujalte fuera notario en el rigor que tiene esta palabra en nuestro idioma castellano. Era sencillamente escribano y secretario del ayuntamiento de Guardamar.

Después de referirse, sin citarlo, al P. Bale que fue quien le ordenó se viese del citado Miguel Pujalte, una vez que éste se ordenó de sacerdote, para que escribiera todo aquello que el Señor le diera a entender y fuese de su agrado, nos da la fecha de su muerte nuevamente equivocada, ya que dice que ocurrió el día 26 de julio del año 1735 —lo cual es del todo correcto—; pero añade que a los setenta y nueve años de edad, cuando, en realidad, sólo contaba sesenta y nueve. Y añade luego como final, que la villa de Guardamar, que hasta la muerte de la sierva de Dios, la había desconocido, se convirtió en admiradora de sus virtudes, consiguiendo que se celebraran unas suntuosas exequias por la Venerable, en las que tuvo la oración fúnebre el P. Matías Ruiz (aquí vuelve a equivocarse en el apellido, pues era Boix), carmelita, imprimiéndose dicha oración en la ciudad de Orihuela, por Francisco Cayuelas, el mismo año de 1735; cosa que tampoco es cierta, pues se imprimió en 1736 y a finales del mismo año.

Existe un libro, raro, del siglo XVIII, obra del religioso agustino Fray Tomás Pérez <sup>2</sup>, titulado *Vida de la Venerable sor Beatriz Ana Ruiz, Mantelata profesora de la Orden de N. G. P. S. Agustín, y Doctrinas o Mística simbólico-práctica, que le reveló el Señor...* <sup>3</sup>. Este ejemplar religioso nació en un pueblo de Alicante, por nombre Muchamiel, y profesó en el convento de Játiva el 1 de enero del año 1704.

En 1709 ganó la plaza de Lector de Provincia, lo que prueba que debió ingresar en la Orden cuando tenía ya hechos algunos estudios.

---

2. PÉREZ, THOMÁS, *Vida de la Venerable Madre Sor Beatriz Ana Ruiz, Mantelata Profesora de la Orden de San Agustín. Y Doctrinas, o Mística Simbólico-Práctica, que le reveló el Señor...* Imp. Pascual García, Valencia 1744.

3. El título completo es, además del señalado en la nota anterior, «Como farol preciso en estos tiempos, para entrar, y correr los caminos de la cristiana obligación y devoción, sin tropezar en la ilusoria quietud de Molinistas y falsos Alumbrados; con el bien regulado uso de sentidos y potencias, humanado con amenísima sensibilización, que le hace perceptible y útil y dulcemente practicable».

Lo dedica y consagra su autor «al Ilmo. y Rmo. Sr. Don Andrés Mayoral y Carranza, Arzobispo de Valencia, antes obispo de Ceuta, del Consejo de su Majestad, y Señor de la villa de Puzol».

Se graduó de maestro en Teología en la universidad de Valencia el año 1715, y consta que ya para entonces estaba graduado en Artes. En 1721 era regente de estudios del convento de San Agustín de la misma ciudad de Valencia, y después lo fue del Socorro y del colegio de San Fulgencio.

Fue diputado para Madrid en 1734, nombrado por el Cabildo y Estado Eclesiástico de Valencia. En 1738 fue elegido prior del convento citado del Socorro. Costeó la magnífica sillería para el coro del convento de Játiva. Falleció en el mismo convento el 24 de octubre del año 1755, dejando una gran fama de sabio y ejemplar religioso <sup>4</sup>.

Otro personaje clave en la historia de esta hija ilustre de Guardamar es el P. Tomás Bale, agustino también, que fue quien la dirigió durante muchos años y quien fue testigo de las maravillas que el Señor obró en su sierva. Según nos cuentan sus biógrafos era hijo de la histórica y monumental ciudad de Orihuela, en cuyo convento de San Agustín profesó y del que fue varias veces prior. Maestro en Artes y doctor en Sagrada Teología, examinador sinodal del obispado de Orihuela, definidor de la Provincia de la Corona de Aragón y vicario provincial por el reino de Valencia.

Este religioso vino a predicar el año 1701, la Cuaresma de Guardamar. Fue este momento cuando conoció por primera vez a nuestra Venerable Beatriz Ana Ruiz, y, a partir de aquel día, dirigió su alma mientras residió en el convento citado. Pero teniendo que ausentarse de aquel lugar por los cargos que desempeñaba, continuó siendo su director por medio de mosén Miguel Pujalte. Él fue también quien la vistió el hábito de religiosa terciaria de la Orden de San Agustín y a él se debió el mandato, comunicado a la misma sierva de Dios, para que dictase al citado Pujalte cuanto ocurría en su espíritu <sup>5</sup>.

Finalmente, hemos de mencionar al citado Miguel Pujalte, secretario y escribano del ayuntamiento de Guardamar, casado y padre de cuatro hijos, el cual habría de hacerse cargo de Beatriz Ana y de sus tres hijas cuando aquélla se quedara viuda en segundas nupcias. Este buen señor, al que en la vida de la Venerable se le llama siempre «el compañero», terminó ordenándose de sacerdote y siendo el amanuense de la misma, según acaba de decirnos el biógrafo. Gracias a su relación, el citado P. Tomás Pérez pudo escribir más adelante su obra.

Y hablando de esta obra, hoy rara <sup>6</sup>, tenemos que decir que se halla divi-

---

4. VELA, GREGORIO DE SANTIAGO, *o.c.*, vol. VI, pp. 277-8.

5. *Ibid.*, *o.c.*, vol. I, Madrid 1913, pp. 307-8.

6. En la Biblioteca Municipal de la ciudad de Orihuela se conservan dos ejemplares que yo he podido consultar, y otro en la biblioteca de PP. Agustinos-Filipinos de Valladolid, del que también me he servido para este trabajo. Es de suponer que también se halle en la Biblioteca Nacional de Madrid.

dida en dos partes o libros: el primero trata de la vida de la Venerable, y el segundo de sus visiones y doctrinas.

Para trazar esta interesante e impresionante vida, el autor se valió de la relación de los hechos que de la biografiada dejó escrita el citado Miguel Pujalte. Mas, como quiera que éste redactó su trabajo sin orden premeditado, consignando los datos según iba adquiriendo noticia de ellos, el P. Tomás Pérez fue reproduciendo en cada capítulo aquellos párrafos de la relación que hacen a su intento, con el fin de que el conjunto de la obra resulte ordenado.

En la segunda parte, o libro segundo, se publican las visiones y doctrinas que sor Beatriz Ana Ruiz dictó al mismo Pujalte, añadiendo el P. Pérez las explicaciones, reflexiones y comentarios que creyó oportunos para inteligencia de las primeras.

En toda la obra, el autor da pruebas evidentes de sus profundos conocimientos, sobre todo, de la Teología mística, pues se necesitan, y no vulgares para hacer comprensibles aquellas redacciones tan oscuras y aquellas doctrinas tan elevadas y de tan subida espiritualidad, sobre las cuales solamente un teólogo bien cimentado y experimentado en las vías del espíritu podía acometer la explicación.

El P. Tomás Pérez, a más de ser un gran teólogo debió poseer en alto grado las virtudes, ya que todas sus enseñanzas las dirige siempre al bien espiritual de los lectores, excitándoles y moviéndoles a seguir la perfección evangélica.

Por eso, los censores de la obra, PP. Calot y Lorca, pudieron decir con verdad en su aprobación que «todo el contexto y fábrica de esta cabalísima obra es una ardiente hoguera de doctrinas y prácticas y ejemplos, en que se habilitan y encienden los deseos de la devoción de los fieles, y en que se desmiente la oposición a la virtud y el horror neciamente aprehendido a la austeridad blandamente suave de una vida cristiana, sufrida, resignada, paciente y penitente, que nos hace vivir a Cristo, con Cristo y por Cristo. A este fin se dirigen los desvelos del autor y vuelos de su pluma en hacer patentes al mundo las virtudes en que floreció esta célebre mujer, y los favores que mereció del cielo, para que sirvan de ejemplares a nuestra imitación y de estímulos a nuestra tibieza»<sup>7</sup>.

Y más adelante: «Toda esta obra va llena de doctrina sana, verdadera y divina; pues toda es, en suma, doctrina cristiana, y por eso juzgamos que abrirse este libro en el mundo, será amanecer un sol en el hemisferio católico,

---

7. Aprobación de los censores Calot y Lorca. Cf. *Vida de la Venerable Madre Sor Beatriz Ana...*, fols. 8 y 9 s.n.

que disipe las fúnebres sombras de los herejes molinistas y quietistas <sup>8</sup>, y otros semejantes, dejando confundidos sus yerros y sepultados sus bien manifiestos engaños y calificados embustes».

No es de extrañar, por tanto, que sobre este libro abunden los testimonios de elogio y alabanza. Por ejemplo, Fray Mateo de los Ángeles, prior del colegio de San Felipe Apóstol de Valencia, dice textualmente: «Habiendo leído con igual gusto que atención el libro intitulado *Vida de la Venerable Madre Sor Beatriz Ana Ruiz, Matelata Profesa de la Orden de N. G. P. S. Agustín. Y doctrinas, o Mística simbólico-práctica, que le reveló el Señor...*, no pudiéramos decir nuestro sentir <sup>9</sup> ni halláramos palabras con que explicarlo... El asunto glorioso y digno de su bien cortada pluma (se refiere al autor del libro), es historiar la admirable vida de la Venerable sor Beatriz Ana, y explicar sus revelaciones simbólicas; y merece toda alabanza tan piadosa cuanto útil tarea» <sup>10</sup>.

El propio autor declara que no emprendió esta obra con libertad, ya que reconoce humildemente que «fuera criminal resolución entrarme voluntario —escribe textual— en provincia tan notoriamente ajena de mi pericia y de mi experiencia». Tres años resistió a las propuestas que le hacían de escribir este libro sobre la hija ilustre de Guardamar. De modo especial, las súplicas y hasta amenazas del P. Tomás Candeal, religioso agustino, lector jubilado de la Provincia de la Corona de Aragón, natural de Novelda, provincia de Alicante, y profeso del convento de San Agustín de Valencia <sup>11</sup>, el cual pudo más, por fin, en su demanda.

8. El molinismo es —como es sabido— la doctrina propuesta por el P. Luis de Molina, en su obra *Concordia* (1588), para conciliar la presencia divina y la eficacia de la gracia con la libertad humana.

Según *el molinismo*, toda gracia actual está de suyo ordenada a ser eficaz. Lo es, de hecho, si el hombre presta su consentimiento a la moción de Dios. Si la rechaza, la gracia será sólo suficiente. Dios prevé, desde toda la eternidad, el uso que hará libremente cada hombre de las gracias que reciba y así, cuando quiere mover eficazmente a alguien, le concede la gracia en aquellas circunstancias en que prevé que el hombre dará su libre consentimiento. A este conocimiento divino de los futuros condicionados llama Molina «ciencia media».

La doctrina molinista fue seguida por los principales teólogos de la Compañía de Jesús. Se les opusieron ferozmente los dominicos, originándose la polémica llamada «controversia de auxilii».

El papa Paulo V zanjó la cuestión en el año 1611 prohibiendo publicar nuevas obras sobre el tema sin expresa autorización pontificia.

Posteriormente, los jansenistas reavivaron la controversia atacando la doctrina molinista y presentando su propia doctrina como afín a la de los dominicos.

9. En realidad, son tres los censores de la obra, y los tres, miembros de la misma comunidad: el citado fray Mateo de los Ángeles, prior; fray Pablo de San José, primer lector; y fray Francisco de San Miguel, que figura en el libro como segundo lector.

10. *Vida de la Venerable Madre Sor Beatriz Ana...*, fol. XIII.

11. El P. Tomás Candeal era natural de Novelda, provincia de Alicante, y profeso del convento de San Agustín de Valencia. Hizo la carrera con gran aprovechamiento y leyó filosofía y

Por cierto que, al final de su prólogo, dice que le gustaría prevenir, no a los críticos de derecho, que no lo necesitan, sino a los intrusos, cuya censura es ciega extravagancia, «que no muerdan contumaces los valencianismos —no ociosos de misterio— con que la Vble. Madre, nacida y criada en el Reino de Valencia, caracteriza sus doctrinas por legítimas influencias de la ilustración y que, por tanto, ni en una tilde he presumido alterar»<sup>12</sup>.

#### IV. *Patria y padres de Beatriz Ana Ruiz*

La Vble. M. sor Beatriz Ana Ruiz, mantelata, o terciaria profesa de la Orden de San Agustín, nació de honestos y humildes padres, mas de buena prosapia, el día 29 de enero del año 1666. Bien educada y en pobreza, se mostró desde niña inclinada al servicio de Dios y caridad con los hombres.

El citado Miguel Pujalte omite, en su relación, el nombre de sus progenitores, a los cuales él conoció y trató. Éstos se llamaban Pedro Ruiz y Juana Ana Guill, vecinos y naturales de Guardamar. A juzgar por lo que escribe el biógrafo, Pedro Ruiz «fue un hombre de cuadrada cristiandad y de un santo ejemplo en voz y obra»; y Juana era «de memorable piedad, que suspendía y admiraba a todos con su devota conversación». Beatriz Ana era la segunda hija de aquel matrimonio, en el que nacieron dos hijos más: Juan Ruiz, el primogénito, y José, que era el tercero.

Tampoco se explaya Pujalte en elogios a la villa que le vio nacer, Guardamar de Segura, tal vez —como apunta el biógrafo— por modestia, ya que era hijo de la misma. De Guardamar escribe fray Tomás Pérez y llena el hueco de Pujalte diciendo que la ilustre villa, en aquel entonces —finales del siglo XVII— era de las «de primer clase del floridísimo Reino de Valencia, porción noble del Patrimonio Real, y de su inmediata jurisdicción».

Es Guardamar la célebre Àlona, fundada por el rey Brito, mil ochocientos noventa y cinco años antes de Cristo; después ampliada y mejorada por los griegos focenses, en el siglo IV antes de Cristo, también. Guardamar que, en sentir de Cárolo Estéfano, significa «Plaza del Sol». Guardamar que, en época romana, fue inmune fortaleza y, más adelante, silla episcopal. Guardamar, patria chica de los mártires Teodoro, Estéfano, Zoilo, Persa, y Espiridión. Como lo es, también, y lo tiene a timbre de gloria, el ser la patria de los mártires Agatángelo, Colonia, Bibiana y Eulalia.

Guardamar, finalmente, la feliz patria de la Venerable Beatriz Ana Ruiz,

---

teología, graduándose en esta facultad de Doctor y Maestro. Se distinguió sobre todo como moralista consumado. Fue ejemplar sacerdote y muy observante de la Regla de San Agustín. Murió en la ciudad de Valencia el 30 de octubre del año 1782.

12. PÉREZ, THOMÁS, *Vida de la Venerable...*, Prólogo, s.n.



cuyas heroicas virtudes, relevantes méritos y singulares prodigios bastan para esmalte de sus antiqúisimos blasones.

#### V. *La casaron a los catorce años*

El primer biógrafo juega con los nombres de Beatriz y de Ana, que le impusieron en el bautismo, para luego pasar a decirnos que, a la edad de solos catorce años, la casaron con Francisco Celdrán, vecino y natural de la villa de Guardamar, «de lo más ilustre y acendrado de la villa y coigual en la pobreza».

¿Por qué tan joven —casi una niña— y ya dada en matrimonio?... Pujalte no aduce razón alguna. En cambio, el docto agustino Tomás Pérez alambica un poco en el tema y dice que, por lo que él pudo averiguar entre los vecinos de Guardamar, parece que fue la notoria fama de rara virtud, modestia y singular retiro que, desde el uso de la razón, daba muestras nuestra Venerable.

De este matrimonio nació un hijo (no se da el nombre), el cual morirá todavía muy joven.

#### VI. *Un segundo matrimonio desdichado*

Dice Miguel Pujalte que «por aliviar su miseria, casó segunda vez Beatriz Ana, y a pocos días de su boda, fue aborrecida por su nuevo marido». Llevado de los celos, la castigaba duramente, «y la comida que le daba eran palos; y la bebida lágrimas y suspiros». Le hacía poner unos andrajos rotos, y le obligaba a guardar puercos, con su hijito, caminando descalza por los montes, hasta hacerse callos en los pies.

A tanto llegó su aborrecimiento, que una noche, incitado del demonio, intentó matarla. El cronista cuenta que, hacia las doce de la noche Jerónimo Pascual —que tal era el nombre de este segundo esposo de Beatriz Ana—, empuñó un puñal, la obligó a ponerse de rodillas delante de él, y cuando levantó el brazo para hundirlo en su cuello, sintió una fuerza extraña que le impidió asestar el golpe mortal, al tiempo que decía: «¡Válgame Dios, qué es esto! ¿Quién me detiene el brazo? ¡Jesús! ¡Que no lo puedo menear! «...A lo que Beatriz Ana respondió: —«¿Qué ha de ser, sino que Dios vuelve por mi inocencia? Desengáñate, vuélvete a Dios y pídele perdón».

Jerónimo Pascual, todo confuso y avergonzado, le prometió cambiar, en adelante, de vida. Como así parece que lo cumplió.

Cuando muera nuestra Venerable, los que se encargaron de escribir versos y ditirambos sobre su vida no se olvidaron de este suceso. Y lo cantaron con el siguiente soneto:

«Un esposo traidor, bárbaro, intenta  
quitar la vida a su heroína mansa,

de bruñido metal áspid levanta,  
para acabarla en cruel muerte violenta.

La acción le asusta, el pecho se amedrenta,  
la cólera se añuda en la garganta,  
seco está el brazo, inmóvil está la planta,  
y el amago en pavores escarmienta.

¿Qué intentas, hombre? ¡Oh fiera escandalosa!  
Deja el bárbaro infiel desasosiego,  
pues vida, que ha de ser hostia fogosa,  
de ardor divino con feliz sosiego,  
no es bien sea tu víctima medrosa;  
ni es bien que acabe de tu rabia al fuego».

### VII. *Nuevamente viuda y sin primogénito*

Miguel Pujalte —el que va a ser llamado y conocido por «el compañero» de la Vble. Beatriz Ana— nos dice que «de allí a poco tiempo», enfermó Jerónimo Pascual, al que su esposa asistía con mucha caridad. Un religioso agustino, que hacía de vicario en la parroquia de San Jaime de Guardamar, le dio los últimos auxilios de la Iglesia y murió <sup>13</sup>.

Este mismo cronista refiere que, cubierto y todo con la sábana, poco antes de expirar, se levantó de la cama, llamó a su esposa y le dijo: «Beatriz, perdóname, por lo mal que te he tratado». A lo que la fiel esposa respondió:

—Yo te perdono, y pido al Señor que te perdone <sup>14</sup>.

Para mayor desgracia de Beatriz Ana, el hijo mayor que le quedaba del primer matrimonio murió de repente <sup>15</sup>. Era mozo de labranza y ayudaba a su madre a sobrellevar la pobreza de su hogar.

Muerto Jerónimo Pascual y su hijo, el año 1699, quedó nuestra heroína «cargada de hijas —tuvo solamente tres, según refiere Pujalte— y de deudas».

### VIII. *Tentada y perseguida por el demonio*

A creer a los cronistas y biógrafos que escribieron sobre esta hija ilustre de Guardamar, pocos espíritus han sido tan terriblemente perseguidos y tentados por el enemigo común de las almas, como ellos mismos dicen. No es el ca-

13. El agustino al que se refiere el primer biógrafo se llamaba fray Hilario Ruiz, natural de la villa de Guardamar de Segura, y fraile del convento de San Agustín de Orihuela.

14. Los biógrafos dan a entender que el hecho ocurrió una vez que todos le dieron por muerto, divulgándose por la ciudad como hecho milagroso. Pero bien podemos suponer que ocurriera de una manera más natural y que todo se reduzca a unas palabras pronunciadas al tiempo de morir.

15. Este muchacho tendría la edad de veinte años y servía ya como de mozo de labranza en casa de Miguel Palomar, según cuenta el P. Tomás Pérez en su extensa biografía sobre la Venerable Beatriz Ana.

so referir aquí los detalles de tales persecuciones, que ocupan muchas páginas del libro que arriba he citado. Por otra parte, hemos de ser prudentes con estas cuestiones y pensar que los mismos cronistas —según costumbre de la época— han podido exagerar en muchos casos.

Estoy seguro de que hoy no se creerían muchas de las cosas que yo he podido leer en la vida de nuestra Venerable. Por eso mismo, no las voy a referir aquí, dejando este asunto para el día en que, con la ayuda de Dios, me anime a escribir una nueva biografía de Beatriz Ana, poniéndola al día y haciéndola atractiva para todos, de modo especial para sus paisanos. Solamente traeré aquí, con vuestra licencia, lo que sobre el particular escribe fray Tomás Pérez: «A más de los palos con que los demonios la molían todo el cuerpo, dejándola de cabeza a pies llena de heridas, hinchazones, rasguños y penetrada de dolores; de las crueles disciplinas y apreturas de garganta, que la ponían a trance de morir, por impedirle la respiración, y de otras atrocidades que en varias partes de su relación insinúa su compañero, son innumerables y muy crueles los martirios que se podían colegir de su corrida relación. Algunas la dejaban tan inmóvil (los demonios), hasta en los parajes más públicos, que no había fuerza humana capaz de levantarle sólo un brazo, o la cabeza, quedando como clavada en el suelo, y sin poder articular una sola voz»<sup>16</sup>.

Este mismo biógrafo se detiene a glosar y comentar sobre cuanto el citado Miguel Pujalte escribe sobre las «sugestiones», «obsesiones» y demás malas artes con que el demonio trataba de perturbar el espíritu de nuestra Venerable.

### IX. *Un fiel compañero y un buen director espiritual*

Compadecido el varias veces citado Miguel Pujalte —nuestro fiel y solícito escribano y secretario del ayuntamiento de Guardamar— de Beatriz Ana y de sus tres hijas, consiguió para ellas una habitación en el antiguo hospital de Santa Lucía, patrona de la villa, comprometiéndose a ayudarla en cuanto estuviera en su mano.

La otra gran ayuda —ésta de carácter espiritual— que el Señor, en su divina Providencia, consiguió para su sierva fue la de un confesor prudente y la de un director sabio y experimentado en la persona del religioso agustino P. Tomás Bale<sup>17</sup>, del que ya hemos hablado antes residente en el convento de San Agustín de Orihuela y que tenía fama de gran sabiduría y no menor santidad.

El P. Bale fue el encargado de predicar la Cuaresma en la histórica villa

16. PÉREZ, THOMÁS, *o.c.*, cap. V, p. 20.

17. El P. Tomás Bale —según queda dicho arriba— era hijo de la ciudad de Orihuela y profeso del convento de San Agustín de la misma.

de Guardamar el año 1701. Antes de volverse a su convento, y después de haber conocido a la sierva de Dios, le vistió el hábito de mantelata, es decir, terciaria de la Orden de San Agustín, encargando a Pujalte que no la abandonara en sus cuidados, pues los necesitaba de verdad y era un alma toda de Dios <sup>18</sup>.

#### X. *Virtudes heroicas de Beatriz Ana*

Dispuesta ya Beatriz Ana a llevar una vida consagrada totalmente a Dios en el siglo y en calidad de terciaria agustina, tuvo que sufrir no pocas pruebas por parte de los hombres, comenzando por ciertos «clérigos» y predicadores de Cuaresma que, año tras año, acudían a la villa de Guardamar, y que la tenían por mujer extravagante, hipócrita y falsa iluminada <sup>19</sup>. Los sacerdotes —escribe el biógrafo— la temían, se enfadaban con ella y la tenían por loca y endemoniada... Los parientes la aborrecían y los hijos de Guardamar la despreciaban.

Pero el Señor estaba con ella y la asistía, dándole redobladas fuerzas en la comunión y en la oración <sup>20</sup>. Hasta el punto de que fray Tomás Pérez no duda en afirmar que la santidad de esta heroína de Levante fue elevadísima, practicando las virtudes en grado heroico <sup>21</sup>.

Los biógrafos se extienden en narrar los detalles de cómo el Señor se le apareció en distintas ocasiones y de distintas maneras. Unas veces era en forma de niño, otras llevando la cruz, o bien clavado en ella, y, finalmente, todo glorioso y envuelto en luz, instruyéndola en muchas cosas de alta mística y espiritualidad y haciéndola una admirable discípula, hasta el punto de que asombran sus doctrinas, tanto más, cuanto que ella, por naturaleza e instrucción, era una mujer sin letras y analfabeta.

Es éste un detalle que no se le escapó a los trovadores de turno a raíz de su muerte. Ved lo que escriben en unos versos de mediana literatura y valor artístico: Se trata de una *décima* en la que se nos dice cómo Beatriz Ana vio una vez en forma de niño hermoso, en la Hostia consagrada, a Cristo Nuestro Señor:

«Quiere ver, pues mucho ama  
a su Amado, en disfraz blanco;  
y su amor por rumbo franco  
al blanco arroja su llama.

18. El P. Tomás Bale fue conventual —como queda apuntado— del convento de Orihuela hasta el año 1714 en que hubo de pasar a Valencia por razón de su cargo de definidor y vicario provincial de la Provincia de la Corona de Aragón.

19. PÉREZ, THOMÁS, *Vida de la Venerable...*, cap. V, p. 19.

20. *Ibid.*, cap. XI, f. 38.

21. *Ibid.*, cap. XII, f. 45.

Por verle suspira y clama,  
y en Sacramento breve  
Niño le ve, y luces bebe  
sin duda de amor a arroyos;  
derritió el fuego en sus ojos  
del Sacramento la nieve».

Y esta otra *décima* que nos refiere cómo, encaminándose un día a la iglesia de San Jaime, vio una antorcha de luz que la acompañaba, y a su lado al ángel de la guarda:

«Si de la Iglesia al retiro  
va esta mujer celebrada,  
¡oh prodigio!, acompañada  
de hacha celestial la miro.  
Un ángel en claro giro  
de guiarla no se empacha,  
y aquí el favor se remacha,  
pues quiere su Dios amante  
que vaya siempre delante,  
sirviéndola un paje de hacha».

Aprovechada discípula de Jesús, ponía admiración en los más entendidos, porque daba a conocer como que hubiera estudiado la Teología mística. Y al paso que crecían en ella las virtudes, crecía más su sabiduría espiritual. De tal manera que con aquella sabiduría y ciencia infusa, recibida directamente del Señor, hacía mucho bien a las almas, pues sentía vocación de apóstol.

En la villa de Guardamar era conocida como «abogada, comisaria y agente» —tales son las palabras que emplean los biógrafos— de todas las criaturas necesitadas de la ayuda del cielo; y las atendía «en su conversión, perseverancia en la fe y en la gracia del Señor».

En la caridad —dice el compañero— fue Beatriz Ana tan ardiente en el divino amor, «que me decía se abrasaba y que su pecho ardía en amor de su dulce dueño»<sup>22</sup>. «La venerable Madre sor Beatriz Ana —escribe fray Tomás Pérez—, por altísima disposición, tocó los dos extremos: el afectivo y el efectivo del amor de Dios y del prójimo, esmerándose en la compasión y en la pasión de las penas de todas las criaturas; en el deseo y en la obra de remediarlas. Como amada y amante esposa, vivió en continuo desvelo del honor de su divino Esposo, Jesucristo, deseando intensamente que todas las criaturas le amasen, sirviesen y gozasen en la eternidad».

---

22. *Ibid.*, cap. XIV, f. 51.

### XI. *Heroína en los campos de batalla*

España se debatía por aquel entonces, —desde comienzos del siglo XVIII hasta el año 1713— en la llamada *Guerra de Sucesión*, mientras en Europa la *Alianza de la Haya* se confabulaba contra el viejo y acabado rey francés, Luis XIV. La capacidad de resistencia del pueblo francés y el apoyo incondicional que Castilla dio a la causa del duque de Anjou, futuro Felipe V, en una de las exaltaciones de patriotismo más acusadas de su historia, lograron mantener los reductos esenciales de la alianza borbónica. A primeros de mayo de 1704 el pretendiente austriaco, Carlos, se apoderó, gracias a la armada inglesa, a cuyo frente se encontraba el almirante Rooke, de Gibraltar. Pero la causa de Felipe V logró un éxito importante en la batalla de Almansa, provincia de Albacete, ganada por el duque de Berwick, el día de Pascua del año 1707. Con el triunfo posterior, en 1710, de las batallas de Brihuega (Guadalajara) y Villaviciosa (también de Guadalajara), Luis XIV logró despejar favorablemente la guerra en España, si bien no pudo imponerse a los aliados en los restantes frentes de Europa. La muerte imprevista del emperador José I, en 1711, facilitó las negociaciones de la paz, ya que el sucesor era su hermano Carlos, el pretendiente a la corona de España. Barcelona cayó en manos del duque de Berwick el 11 de septiembre de 1713, y la paz, que acababa de firmarse en Utrecht, quedó definitivamente sellada entre aliados y borbones en el Tratado de Rastadt, de 1714.

Pues bien, nuestra Beatriz Ana, alma caritativa, toda de Dios, deseosa de la paz para los hombres y para la patria, asistió en espíritu a los soldados y ayudó a los oficiales de la villa de Guardamar que luchaban en el campo de batalla en el bando del duque de Anjou.

De modo especial estuvo como heroína y defensora de las armas borbónicas en la citada batalla de Almansa. Ved cómo nos lo cuenta el primero de los biógrafos: «Esta noche he estado en tal ciudad —le decía a su compañero la Venerable—, y en tal parte, y he visto muchas cuestiones y trabajos. Encomendémosles al Señor»... Y luego añadió: «Estaba yo rogando al Señor esta tarde por la paz de la Monarquía y quedé como dormida en una llanura, en donde había muchos escuadrones de soldados hechos a dos parcialidades, que unos a otros se tiraban a matar, sucediendo muchas muertes»... La sierva de Dios, movida entonces de su caritativo celo, viendo aquella batalla, acudió donde estaba el Señor y le dijo:

—Señor, remediad estos daños y dadnos la victoria.

El Señor le contestó:

—Trabájalo tú, que desde aquí te ayudaré.

Volví a introducirse ente los escuadrones. Y viendo que no cesaba la contienda, volvió al Señor y le dijo de nuevo:

—Señor, tened misericordia de nosotros.

Levantando el Señor su poderosa mano se serenó todo. Unos se pusieron en fuga, y otros quedaron por dueños del campo, dándole a entender que nuestro rey Felipe V quedaba vencedor; de lo que quedó muy consolada, por el gran afecto que le tenía, pues siempre estaba rogando por él y por la paz de la Monarquía.

A pocos días de esto, llegó a Guardamar la noticia de la batalla de Almansa, con el día y hora en que sucedió. Por lo que Pujalte pudo conjeturar que en aquel mismo momento y hora estuvo Beatriz en su sueño, o suspensión <sup>23</sup>.

A continuación, los biógrafos descienden a casos concretos de oficiales y soldados de la villa de Guardamar que fueron auxiliados de modo milagroso por la sierva de Dios.

## XII. *Un sustituto del P. Bale*

Nombrado el director espiritual de Beatriz Ana definidor y vicario de la provincia agustiniana de la Corona de Aragón, fue trasladado de la ciudad de Orihuela a la de Valencia, donde permaneció por espacio de tres años, durante los cuales la sierva de Dios, echándole mucho en falta, buscó otro director espiritual en la persona de un sacerdote oriolano que, según ella, le inspiró la beata Rufina, tan celebrada en esta ciudad, dándole hasta el nombre. Este sacerdote se llamaba mosén Domingo Catalá, el cual la consoló mucho y le ayudó a sobrellevar la pesada carga de las tentaciones diabólicas que continuamente padecía; si bien, cuando, pasados los tres años, volvió el P. Bale a Orihuela, de nuevo se hizo cargo de ella en lo que a su espíritu se refiere.

## XIII. *Un escribano sube las gradas del altar*

Me estoy refiriendo al compañero de la sierva de Dios, tan conocido ya entre nosotros y que no es otro que Miguel Pujalte.

Resulta que, cuando este compañero fiel, buen escribano y servicial secretario del ayuntamiento de Guardamar más engolfado se encontraba en los negocios de su oficio y en atender a su mujer y a su numerosa prole, recibió el aviso de la Venerable de que en breve sería ordenado sacerdote. Ved de qué modo tan sencillo lo explica el propio interesado: «Díjome un día Beatriz Ana, cuando yo más metido estaba en dependencias de público, por razón de

23. *Ibid.*, cap. XVII, f. 61.

mi facultad, que en breve descansaría y pasaría de uno a otro estado de mucha quietud. Díjeme que no podría descansar según ocurrencia de los tiempos. Y me dijo: Según lo que esta noche he visto, en breve será Vuestra Merced sacerdote; porque en sueños he visto sus manos lucidísimas como un cristal; y en los dedos que mantenían el Divino Pan Sacramentado...»<sup>24</sup>.

Fray Tomás Pérez comenta que Pujalte no se lo creyó; juzgándolo todo de fantástico sueño. Pero así sucedió, siendo consagrado ministro del Señor el año 1719, una vez que había quedado viudo, celebrando su primera misa justamente en la parroquia de San Jaime, asistido por el P. Tomás Bale, el cual residía de nuevo en Orihuela, en el convento de San Agustín, «desembarazado de sus prelacías», como apunta y escribe el biógrafo.

#### XIV. *Guerra abierta contra Beatriz Ana*

Miguel Pujalte, ordenado ya de sacerdote, decidió llevar a su casa a nuestra Venerable, junto con sus tres hijas; lo que ocasionó una gran conmoción en la villa de Guardamar, acuciada por el Maligno que tanto la perseguía. Es por demás interesante cómo lo cuenta el compañero: «Trájeme a casa a Beatriz Ana con sus tres hijas —dice— y se serenaron, aunque no del todo, las obsesiones del Maligno, por la nueva sujeción de mi estado. Mas creció el desprecio e indignación, pues llegaron a estado de ignominia y afrenta»<sup>25</sup>.

Miguel Pujalte —a quien ya podemos llamar con toda justicia y todos los honores mosén Pujalte—, con la autoridad que le daba su nueva calidad y categoría sobre su dirigida, la sometió a duras pruebas, privándole incluso de la oración y de la sagrada Comunión.

Los vecinos de Guardamar no veían con buenos ojos aquella vida, que a todas luces aparecía un tanto extraña: persecuciones terribles del demonio, don de profecía, asistencia a los soldados en el campo de batalla, alta doctrina espiritual y mística en una mujer sin letras...

Mas no por ello dejaba de divulgarse su virtud entre los que profesaban santidad, con la apreciación correspondiente al celo y beneficencia con que la sirva de Dios enmendaba a unos, socorría a otros y llenaba de piedad y devoción a todos los que sin doblez ni envidia se acercaban a la calurosa luz de su fervorosa conversación.

#### XV. *Unas coplas para frailes y monjas relajados*

El P. Bale, «todo atento al resguardo de esta criatura», según leemos en el biógrafo, pensó que nuestra Venerable se encontraba en el grado de aque-

24. *Ibid.*, cap. XXVI, f. 91.

25. *Ibid.*, cap. XXVIII, f. 98.



llas almas de quienes dice santa Teresa de Jesús que son ya almas fuertes que escoge el Señor para aprovechar a otras, aunque esta fortaleza no viene de ellas mismas, sino de Dios.

Esto hizo que la enviara a visitar a las monjas agustinas de su Orden, que vivían en el monasterio de San Sebastián de Orihuela, para que tratara con ellas de cosas muy subidas y de altas virtudes.

Con tal motivo, la sierva de Dios dirigió un escrito a la M. priora, en el que le contaba una curiosa y extraña visión que tuvo con relación a la vida que algunas de ellas llevaban. Meditando ella en la pasión y muerte de Jesús, puso en sus manos aquellas sus esposas que en clausura le alaban y enamoran. «Y quedé en suspensión y como arrobado mi espíritu —dice literalmente— gozando de la suavidad y dulzura de contemplación tan misteriosa. Y dentro de mi pequeñez vi a mi querido y tierno Niño Dios, nuestro Padre, que con voz blanda y suave me dijo»:

—Cándida paloma mía, hermosa, y mi querida esposa: para que con más fervor me ruegues por estas que has puesto en mis manos, que prometido me han virginidad y clausura, ven y verás dónde sus defectos padecen.

Y su espíritu voló entonces —sigue diciendo— a un sitio cóncavo de la tierra, muy oscuro y tenebroso, que conoció era el purgatorio. Y vio de un lado a modo de un claustro con rejas de hierros; y de frente otro claustro igual, pero sin rejas de hierro. Dentro de ellos había muchas monjas, vestidas con hábitos distintos, y en el otro claustro muchos frailes, unos con corona que parecían ser sacerdotes y otros sin ella. Los sacerdotes estaban sentados y los legos de pie. En medio de todos, aparecía el prelado. Y vio cómo todos se quejaban del prelado y le decían en coplas:

«Por no tenernos atados  
con tu obediencia y rigor,  
padecemos el dolor  
del plazo que Dios ha dado.  
Pena de nuestro pecado  
es la que aquí padecemos:  
y para que en el cielo entremos,  
se ha de purgar el pecado  
de no habernos arreglado,  
para que de Dios gocemos».

A lo que el prelado respondía con estas tristes palabras, también en verso:

«De vivir tan descuidado  
padezco ahora el dolor  
con más exceso y rigor,  
por no haberos arreglado.  
La pena de mi pecado

y del vuestro con temor,  
me purifica el dolor;  
porque después de purgado  
pueda gozar con agrado  
de nuestro Dios y Señor».

Por lo que a las monjas se refiere, también para ellas tiene lo suyo nuestra Venerable. Se volvió hacia el claustro de las monjas y vio que padecían rigurosos tormentos. Unas se quejaban de la cabeza y otras del oído; unas de los ojos, otras de las manos y unas terceras de los pechos. El Señor mandó a su sierva les preguntara la causa de su padecimiento. Ella preguntó a las que se quejaban de la cabeza, y le dijeron:

«Saetas son encendidas  
que mi sentido traspasan  
y toda el alma me abrasan  
las memorias consentidas.  
Si yo, después de advertidas,  
las hubiera despreciado,  
y el pensamiento arreglado,  
no tuviera que purgar;  
pero me es fuerza pagar  
la pena de mi pecado».

Y preguntó a una que se quejaba de los oídos. Y le respondió diciendo:

«Lanzas me son, como ves,  
las palabras que en la reja  
oía con atención,  
defectos de mi pasión  
atravesan mi sentido;  
porque a los hombres di oído,  
faltando a la Religión.  
Sírvenme de purgación  
el continuo padecer,  
para poder merecer  
de nuestro Dios el perdón».

Hizo la misma pregunta a la que se dolía de los ojos. Y le contestó:

«Estas espinas que ves  
traspasándome los ojos,  
son las vistas al revés,  
que ahora me son abrojos.  
Y cuantas veces miré  
al mundo y a su hermosura,  
atravesan mi sentido  
por haberlas consentido».

Preguntó a la que se dolía de la boca y le respondió:

«Estas brasas encendidas  
que mis labios purifican,  
son las palabras salidas  
de mi boca que, atrevida,  
profirió con desmesura.  
Y por aquella dulzura  
que abracé con voluntad,  
ardo en esta oscuridad  
de sitio tan lamentoso,  
sin tener ningún reposo».

Preguntó, igualmente, a la que se quejaba de las manos, y ésta le dijo:

«Estas manos que con yelo  
me atormentan, como ves,  
son defectos de interés,  
que recibí con anhelo.  
Y en las rejas con desvelo  
muchos yerros cometí,  
que me atormentan aquí.  
Y mi mayor desconuelo  
es de no lograr el cielo  
porque a mi Dios ofendí».

Finalmente, preguntó a la que le parecía sufría más que todas. Y exclamó diciendo:

«¡Ay de mí! Que me adelgaza  
y consume un grande fuego  
por las culpas que de luego  
cometí, buscando traza.  
Defectos fueron sin tasa  
los que mi pecho abrazó.  
¡Que no me midiera yo  
con lo que ahora me pasa!  
Esta pena más me abrasa,  
pues mi alma penetró».

Cuando la visión estaba a punto de acabar, la Venerable pudo escuchar cómo todas aquellas almas juntas y a porfía gritaban:

«Amigos, acordaos de mí,  
que no puedo merecer:  
Sólo puedo padecer  
las culpas que cometí.  
Vosotros, que merecéis,  
os pido que a Dios roguéis  
de que nos saque de aquí.

Esta pena del sentido  
es muy fuerte; y muy mayor  
la de no ver al Señor».

La Venerable volvió de su arrobamiento y sintió mucha pena por lo que acababa de contemplar. «Alentémonos a trabajar y a rogar a Dios por ellas» —se dijo—. Y para más merecer, envió a las monjas del monasterio de San Sebastián unas coplas de la pasión y muerte de Cristo, para que las cantaran y se entretuvieran con ellas. Estas coplas las trae el biógrafo y son, de verdad, sencillas y encantadoras. No las pongo aquí por no hacerme demasiado prolijo <sup>26</sup>.

Esto mismo le aconteció con una grave enfermedad que padeció su director espiritual, al que avisó la sierva de Dios que era gracia del cielo y que se purificara con ella, adelantando en su vida espiritual <sup>27</sup>.

### XVI. Muerte de la Venerable

El mismo Señor previno a sor Beatriz Ana de la hora de su muerte, con una visión, repetida dos días antes de su última enfermedad. Ella se lo contaba así al compañero mosén Pujalte: «Estas dos noches, pasadas en sueño, vi una hermosa fuente que corría hacia una llanura. Y púsoseme la muerte a mi lado, muy alegre y cariñosa; y tomándome de la mano me entró en ella: y ambas nos paseamos por sus cristalinas aguas. Y al llegar al cabo, pasamos por un puente, y nos entramos en la llanura, con tanta diversidad y hermosura en ella, que no puedo explicar, y tan dilatada, que no le vi fin».

Y fue en esta ocasión cuando al propio compañero le profetizó que él también moriría muy pronto; como así ocurrió. «Y a mí me dijo —cuenta Pujalte—: la misma muerte le tomó a V.m. de la mano, y le entró en la misma fuente. Y ambos se volvieron al campo y a mí me dejó... Hermano, la muerte me llama y es llegada la hora de mi cuenta; V.m. queda en el campo. Procuremos trabajar, que aún no tenemos andado un paso. Mi muerte le franquea a V.m. la entrada en las cristalinas corrientes, que son las misteriosas doctrinas y saludables documentos que el Señor se dignó concederme para aprovechamiento de los fieles —que es el blanco de mis deseos—, para que todos goceemos en el campo de esta vida, por medio de las buenas obras, la entrada en la fuente de la divina gracia, y por ella una buena y acordada muerte, para entrarnos en la llanura, que es la gloria» <sup>28</sup>.

Al paso que avanzaba más su enfermedad, más se encendían aquellas divinas luces y se calificaban más aquellas soberanas claridades que nunca le fal-

26. Las coplas ocupan más de tres folios, a tres columnas, del citado libro del P. Tomás Pérez. Cfr., *o.c.*, cap. XXI, f. 111 y s.

27. PÉREZ, THOMÁS, *Vida de la Venerable...*, cap. LI, f. 232.

28. *Ibid.*, cap. LII, f. 235.

taron para su consuelo. De este modo, la vida mortal que toda su carrera en la tierra la tuvo escondida en Cristo Jesús, y con Cristo en Dios, se apagaba por momentos, y la inmortal y feliz vida del cielo se le acercaba a todo correr.

El compañero, que le fue fidelísimo hasta su muerte, estaba a su cabecera, en compañía de algunos religiosos y personas devotas, observando con vigilancia los lances de esta última contienda de su amada Beatriz Ana. Hubo un momento en que parecía que iba a expirar y, entonces, mosén Pujalte recitó en voz alta el salmo en el que se contienen las mismas palabras que pronunció Cristo en la cruz: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu». La Venerable Beatriz Ana se encontraba con pleno conocimiento, con los sentidos enteros —según expresión del biógrafo—, y robustos, sin el menor visaje que fuera expresión de congoja o de dolor, o violencia alguna. Y así, obedeciendo a las palabras que pronunciaba su fiel compañero, entregó el alma en manos de su amado Esposo, Jesucristo, el día de la señora Santa Ana —26 de julio—, a la hora del mediodía, el año 1735, a los sesenta y nueve, cinco meses y siete días de su edad <sup>29</sup>.

#### XVII. *Guardamar por su hija predilecta*

Dicen que los verdaderos santos han sido reconocidos como tales por los hombres —su elevación a los altares es cosa de Dios y de la Iglesia— justamente después de su muerte, ya que en vida han tenido que pasar por muchas persecuciones y sufrimientos mil. Esto mismo ocurrió con esta hija ilustre de Guardamar de Segura. Porque luego que murió, la amortajaron con un hábito que le enviaron de limosna las monjas agustinas de Orihuela, pues el que ella llevaba en vida estaba tan viejo y remendado que ni siquiera para enterrarla lo juzgaron digno y a propósito. Y como murió en la habitación que le habían prestado en el hospital, también en esto quiso parecerse del todo al Señor, al morir en casa ajena y en cama prestada y con mortaja de limosna.

Y fue el caso que, como la Venerable había vivido en su villa natal, y ya Cristo había dicho que «no hay lugar en su patria para un profeta», y había sido aborrecida de casi todos y desestimada de muchos, quiso el Señor que fuera a morir precisamente en las fiestas de Guardamar, que celebraba las honras del apóstol Santiago, titular de la parroquia, y cuando más concurridas se hallaban sus calles y no había lugar libre en ningún mesón.

Guardamar, siempre afectuosa madre de sus beneméritos patricios —según se expresa fray Tomás Pérez—, dándose cuenta de lo mal que se había comportado con su hija predilecta, a la hora de sus exequias se salió de madre

---

29. *Ibid.*, cap. LIII, f. 239.

en su afecto por ella. De tal manera, que, sin ser instada por nadie, dirigida solamente por su hereditaria generosidad y obligada de la gratitud con que luego se reconoció acreedora a su heroica hija, por sí misma y como de oficio hizo empeño de sentar bien el honor de su gran virtud.

No satisfecha con el solemne entierro que a su costa le hicieron, resolvió para desahogo de su cariño, celebrarle suntuosísimas exequias. La fecha señalada fue la del 29 de diciembre del mismo año 1735, en la histórica y monumental parroquia de Santiago Apóstol, con túmulo majestuoso, banda de música traída de ex profeso desde la ciudad de Orihuela, con sonetos, epitafios, décimas y otras elegantísimas poesías, con misa solemne y con sermón que mereció los honores de la imprenta. Guardamar se sacó la espina en este día y, desde entonces, la tuvo en una gran veneración. El predicador de circunstancias fue uno que tenía gran fama por aquellas calendas, el carmelita fray Matías Boix <sup>30</sup>, sujeto de singular piedad, erudición y de tan notoria virtud, que, en los viajes que hacía la Vble. a la ciudad de Orihuela, le buscaba para reconciliarse con él <sup>31</sup>.

Los biógrafos, al llegar aquí, se detienen en relatar los prodigios y milagros obrados por la sierva de Dios, después de su muerte; así como nos refieren sus visiones y sus escritos. Pero esto daría pie para otra conferencia que, creemos sinceramente, no sería propia de este momento y lugar.

### *Conclusión*

Si me lo permitís, querría terminar con las palabras del predicador de las honras fúnebres, el celoso y elocuente carmelita fray Matías Boix, el cual, en tono solemne, se dirige a la villa de Guardamar con las siguientes palabras: «¡Oh ilustrísima Villa de Guardamar! Hoy viene mi obediencia tan rendida como gustosa a las repetidas ansias y voces con que vuestra devoción solícita

30. Ya dijimos arriba que el P. Gregorio de Santiago Vela se equivocaba en el apellido de este religioso carmelita, pues le llama fray Matías Ruiz; un error de bulto y que no comprendemos en un hombre tan meticoloso como nuestro insigne y benemérito historiador, ya que viene citado como *fray Matías Boix* no sólo en el panegírico fúnebre, impreso en la ciudad de Orihuela, sino también en la obra del P. Tomás Pérez a la que él tuvo por necesidad que consultar.

31. Este sermón fúnebre fue publicado en la imprenta de Francisco Cayuelas, de la ciudad de Orihuela, en el mes de octubre del año 1736, y no el año 1735 como vuelve a decir equivocadamente el P. Vela, según se puede colegir de todas las censuras y aprobaciones que lleva al frente del mismo y con fechás del mes de agosto y septiembre del citado 1736. Imposible que se editara el año que dice el P. Vela, por cuanto los solemnes funerales tuvieron lugar el día 29 de diciembre de ese mismo año 1735, según viene señalado expresamente en la Vida de la Venerable.

El sermón ocupa nada menos que setenta y tres páginas, y en él se ensalzan, en estilo muy barroco y de la época, las virtudes y cuanto tuvo que sufrir nuestra Venerable sor Beatriz Ana Ruiz. Los elogios que le tributan los diversos censores pueden verse en el citado impreso, páginas 3-14.

suenen a lo público las heroicas virtudes de una heroína, la más insigne que lograra tal vez la fecundidad de esta venturosa madre en sus ilustres hijos: una esforzada campeona, V. M. Beatriz Ana, hija de esta muy ilustre villa...».

Y continúa: «Ya, Venerable Hermana, llegó el día en que salgan a luz las virtudes, ejercicios y favores divinos que tanto ocultó en la vida tu humildad, que en continuas súplicas al Señor negociaste la gracia que su Divina Majestad te concedió, que quedaron ocultos a los ojos de tu pueblo sus divinos favores...».

Y terminaba así: «¡Oh villa de Guardamar felicísima! Yo te doy mil enhorabuenas, y otros tantos parabienes por la dicha grande que gozas, por haber logrado una hija tan grande, tan llena de virtudes, tan perfecta, tan amante y amada del Señor. Grande es la gloria que te cabe, que si viviendo N. Vble. ya difunta, era el Iris de paz que con su protección templaba las indignaciones de la Divina Justicia, vive ahora asegurada, que lograrás por su medio raudales abundantes de la divina misericordia. ¡Hijos de Guardamar! Ya murió vuestra Patricia, Vble. Beatriz Ana, tan humilde, pobre y abatida, que no sabíais el bien que teníais en tenerla viva entre vosotros. Pero Dios, después de su muerte, la ha elevado, como veis, y creemos piamente estará gozando de glorias inaccesibles y eternas. A todos os doy muchas enhorabuenas».

Guardamar de Segura, 26 de julio, 1985